
Cursos universitarios y otras conferencias

Continuaron en 1987 los «Cursos Universitarios» de la Fundación Juan March, que imparten profesores y especialistas en las más variadas materias. Se desarrollan generalmente en cuatro conferencias cada uno, y tienen como objetivo la formación permanente de postgraduados y estudiantes universitarios.

Diversos temas de literatura, filología, sociología y ciencia política, psicología y arte constituyeron el contenido de los doce ciclos celebrados durante 1987 —con un total de 46 conferencias—, que versaron sobre España en la poesía hispanoamericana, la democracia ateniense de la anti-

güedad, la imagen psicológica del hombre, la literatura pastoril del Siglo de Oro, la poesía de Antonio Machado, el pensamiento político y moral de los clásicos del siglo XVIII, la lengua española, la lengua catalana, la Generación del 27 sesenta años después, el arte de Mark Rothko y la modernidad poética en España desde 1888 hasta 1987.

Un total de 9.815 personas siguieron estas conferencias, de las que se informa con más detalle en páginas siguientes. Asimismo, la Fundación organizó varias conferencias de presentación de sus exposiciones en Madrid y otras provincias.

Soledad Salinas: «España en la poesía hispanoamericana»

«No es excesivo afirmar que en la poesía hispanoamericana del siglo XX está muy presente España, o más precisamente están presentes muy diversas “Españas”. Y el propósito de estas conferencias es mostrar las variadas relaciones de algunos de los más grandes poetas hispanoamericanos con esas *Españas*.» Así justificaba Soledad Salinas, hija del poeta Pedro Salinas y profesora en varias universidades norteamericanas, el ciclo de conferencias que con el título general de «España en la poesía hispanoamericana (1892-1975)» impartió en la Fundación entre el 13 y el 22 de enero (*).

Al decir «España» no nos referimos a un concepto fijo: para algunos poetas es una realidad geográfica e histórica concreta; para otros está encarnada en un personaje literario. Para la generalidad, «España» es, por supuesto, la lengua española. Mas en cada uno de los poetas considerados la imagen de «España» revela la propia perspectiva, el ángulo de visión característico de todo creador artístico. Podría así decirse que «España» es, a la vez, un objeto y un espejo de la poesía hispanoamericana contemporánea.

Quizá en ningún poeta hispanoamericano se da esa esa simultaneidad tan visiblemente como en el primero en el tiempo de la época que consideramos: Rubén Darío. Desde la derrota del 98, España se convierte para Darío en cosa suya, en causa suya. Se propone despertar, animar a la España vencida, primero, y luego a la América española amenazada. Darío se está convirtiendo en el nuevo Quijote, cuya Dulcinea es España.

A Borges, don Quijote le reconcilia con España. Borges se ocupa extensamente de Cervantes, y exceptuado Darío, más que ningún otro poeta hispanoamericano, Bor-

ges mantendrá siempre una relación apasionada y estrecha con España, a través de las lecturas de ciertas de sus obras. Profusamente cantada por poetas del mundo entero, es curioso constatar que son precisamente los españoles los que menos poemas han escrito sobre su guerra, quizá por haberla vivido tan cerca. Algunos poetas hispanoamericanos escribirán más y mejor que ningún otro grupo sobre este conflicto. A los dos más importantes de la América hispánica desde Rubén Darío, César Vallejo y Pablo Neruda, se deben los dos grandes libros de poemas dedicados a la guerra civil española: *España, aparta de mí este cáliz*, de Vallejo, y *España en el corazón*, de Neruda. El libro de Vallejo es el canto de amor a España y los españoles más apasionado que se haya dado nunca en la historia de la poesía hispana. El segundo gran libro poético lo escribirá, al mismo tiempo que Vallejo el suyo, Neruda.

La conclusión de la contienda representó para la generalidad de los poetas hispanoamericanos el comienzo de largos años de escasa comunicación con la España que podríamos llamar «estacionaria». En cambio, en sus propios países los poetas hispanoamericanos conocieron a otra España, la llamada España Peregrina, la de los españoles que se vieron obligados a dejar su tierra natal en 1939.

1898 y 1936 han servido, pues, para que los poetas se sientan solidarios de España y acudan con sus voces y personas a proclamar su identificación con una determinada España.

(*) Títulos de las conferencias: «Y español soy por la lengua divina (1892-1916)»; «Estás, España, silenciosa en nosotros (1916-1936)»; «España en el corazón (1936-1939)»; y «La España Peregrina (1939-1975)».



Soledad Salinas (Sevilla, 1920) realizó estudios universitarios en Estados Unidos con su padre, Pedro Salinas, y con Jorge Guillén. Ha ejercido la docencia en varias universidades norteamericanas, habiendo sido catedrática de Literatura Española en Simmons College (Boston).

Francisco Rodríguez Adrados: «La democracia ateniense, sus teóricos y sus detractores»

«La democracia ateniense fue un momento único en la historia de la Humanidad. La "polis" de Atenas fue un experimento difícil que serviría de modelo para las democracias posteriores y que muestra cómo la mente y las sociedades humanas han tenido a lo largo de los siglos problemas más o menos paralelos a los que se han buscado soluciones muy parecidas.» Son palabras del helenista **Francisco Rodríguez Adrados**, catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense, en el ciclo de conferencias que impartió en la Fundación Juan March del 27 de enero al 5 de febrero sobre el tema «La democracia ateniense, sus teóricos y sus detractores» (*).

Los orígenes de la democracia ateniense, explica Rodríguez Adrados, están en la solución pragmática que se dio al equilibrio entre las dos clases de nobleza y pueblo, equilibrio algo inestable, pero que funciona desde el año 510 hasta el 462, año del derrocamiento del régimen de Cimón. Pero no habrá, en opinión del conferenciante, una teoría política propiamente dicha en Grecia hasta la caída de la democracia, y la harán los poetas, los historiadores, los oradores.

En 449 Pericles hace la paz con Persia y en 446 con Esparta. Es éste el gran momento de Atenas. La democracia va funcionando, aunque no hubiera un igualitarismo absoluto: el poder ejecutivo está en manos de las clases aristocráticas. Este avance igualitario fue mayor en el ámbito de la cultura. El teatro es un espectáculo para todos; se crean monumentos para el culto. Los grandes escritores del siglo V proceden, en su mayoría, de las clases medias. El experimento ateniense sigue adelante a lo largo del siglo V. Con la paz lograda por Pericles, que ha conseguido la recuperación económica de Atenas y ha frenado las tendencias igualitarias excesivas, se va profundi-

zando en la democracia y se mantiene el equilibrio. Pero la guerra del Peloponeso marcará el fin de la democracia y el auge de la ciudad. Todo aquel proceso de igualación y acomodo de las clases, que parecía consolidado en los años 30, se hunde. Desde el año 404, y sobre todo a partir del 338, surgen toda una serie de reflexiones y posiciones que tratan de buscar solución al desastre. Es así, con la crisis, como surge el pensamiento político en Grecia.

Con Platón, por primera vez en la historia se piensa en la construcción social basada en el puro ideologismo. Se trata de una organización cerrada, absoluta, y la finalidad de la política es moral. Además, Platón abre en la historia los programas de comunidades de fieles, de ideologismos organizados en busca de la perfección del individuo, como el cristianismo primitivo del Imperio Romano. Los estoicos también promueven el moralismo en política. Para ellos el prototipo de su filosofía es el sabio, a quien no importan ni el poder ni la riqueza. Aristóteles coincidirá con Tucídides, en el siglo IV, en el pragmatismo político de lograr un equilibrio entre idealismos excesivos y reformismos igualitarios irreales. Aristóteles se centra en lo económico, que considera lo verdaderamente importante para la ciudad. Y habrá otras reacciones, las de los epicúreos y los cínicos, que se alejan de la política. La autoorganización de la sociedad que supuso la democracia ateniense habrá de ser reinventada en otros lugares y con un modelo representativo. Las líneas generales de las democracias que vendrán después serán más o menos las mismas.

(*) Títulos de las conferencias: «Origen de la democracia y de la idea democrática»; «Democracia, igualitarismo y colectivismo»; «La política como moral: Platón y los estoicos»; y «Del pragmatismo político al apoliticismo y humanitarismo».



Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Dirige el *Diccionario Griego-Español* y la Colección *Hispanica de Autores Griegos y Latinos*.

José Luis Pinillos: «La imagen psicológica del hombre»

«En un mundo que cada vez se psicologiza más, que es un mundo crecientemente psicologista, donde quien más y quien menos tiene su psicoanalista o su consejero psicológico, el tema de la imagen psicológica del hombre tiene su importancia y merece que se le preste atención tanto por parte de los psicólogos como por el público implicado en el problema.» Son palabras de José Luis Pinillos, quien desarrolló el tema de «La imagen psicológica del hombre» (*) en la Fundación Juan March entre los días 10 y 19 de febrero.

¿Por qué comenzar con el hombre-máquina? Las razones son diversas: porque es la primera gran metáfora de la psicología moderna; porque es muy insistente y continúa vigente hoy, y porque esta imagen del hombre posee una gran incidencia social y es coherente.



José Luis Pinillos (Bilbao, 1919) es profesor emérito de Psicología en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad Complutense. Es académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y miembro de la Comisión Asesora de la Fundación Juan March.

Hoy el modelo de hombre-máquina sigue contando con innegable fuerza, sigue además mecanizando la conducta desde su función de modelo, de imagen asumida luego por la sociedad. El hombre del XVIII y el del XIX considerará como un inmenso progreso la extensión de las leyes de la naturaleza, la mecánica, a la conciencia, a la fisiología y luego a la cultura.

Si la conducta del hombre-máquina estaba sometida a la tiranía de los estímulos, la del hombre de los instintos corresponde a una psicología de dentro afuera, que sitúa la raíz del comportamiento en la interioridad humana, y de sus patologías en las regiones más profundas de la mente. Cuando la psicología recupera la vida afectiva que el modelo de máquina había dejado fuera, nos volvemos a encontrar con que tampoco ahora la persona es dueña de sí, capaz de darse destino en libertad.

Esta imagen es la de un hombre movido por unos instintos de placer y muerte que aun siendo suyos no podía llamar propios, y aunque momentáneamente pareciera poder dominarlos, reprimiéndolos en nombre de la cultura, finalmente lo reprimido terminaba siempre por volver. Ahora bien, si lo reprimido siempre vuelve, lo que es preciso procurar es que lo reprimido retorne a un hombre apto, a un hombre inteligente, que sepa qué hacer con los instintos, que acierte a integrarlos en una vida histórica, los eleve al plano de la vida-biografía y los rescate de esa vida meramente biológica a que puede regresar el hombre cuando se deshumaniza.

Pero creo que es hora de enfrentarse con una psicología que aloja un modelo de hombre más parecido al de carne y hueso que somos. Ha llegado el momento de establecer contacto con esa psicología humanista, que siempre ha tratado de releer lo humano del hombre.

Este hombre incondicionado es un ser apropiado de su propia identidad, que acepta por supuesto la realidad pero no se rinde a ella. Ese hombre está condicionado pero no cansado. Puede elegir, ha de elegir, puede sobreponerse incluso a sí mismo: hasta para dejar de ser libre ha de hacerlo mediante un acto libre. A lo que menos se parece es al que piensa que la libertad consiste en aceptar lo inevitable. No. El hombre libre acepta lo real, pero sin rendirse, sin renunciar a remediar sus imperfecciones. La libertad del hombre no es absoluta, está condicionada, pero a la postre, condicionada y todo, es libertad.

(*) Títulos de las conferencias: «El hombre-máquina»; «El hombre de los instintos»; «El hombre psicométrico»; y «El hombre incondicionado».

Francisco López Estrada: «Siglos de Oro: La literatura pastoril»

Sobre el tema «Siglos de Oro: La literatura pastoril» (*), Francisco López Estrada, profesor emérito de Literatura Española de la Universidad Complutense, impartió en la Fundación un ciclo de conferencias del 24 de febrero al 5 de marzo. En él analizó la función desempeñada por la literatura pastoril en el curso de la historia literaria española, tratando de «superar la pesada losa de la crítica negativa acumulada sobre este género».

En torno del pastor se reúne un macrosistema que se subdivide en sistemas, según las determinadas vías de la expresión literaria (lírica, teatro, novela, etc.), que, a su vez, se reúnen en sistemas definidos o grupos genéricos (égloga, libro de pastores, etc.). «La causa fundamental de esta variedad de la figura del pastor en la literatura obedece —señala López Estrada— a que el pastor fue un oficio común en el período primitivo de las diversas sociedades que se sucedieron en la historia, y su consideración como figura literaria fue posible en muchas partes y en circunstancias históricas muy diversas. El pastor aparece como personaje propio del canto lírico, del diálogo, de la literatura dramática en sus formas cómica y trágico-cómica, de la narración propia de las formas folklóricas (cuento) y artísticas (novela).»

El macrosistema pastoril tiene su origen en Grecia, con Teócrito, y fue asegurado luego por las *Bucólicas* de Virgilio. El Humanismo mantendrá luego el prestigio de esta obra magistral y desarrollará la especie, tan nueva, de las églogas modernas. En España, en el *Cancionero*, Juan del Enzina (1496) publica una versión peculiar de las *Bucólicas*, y así la obra puede leerse en castellano en la transición entre la Edad Media y Renacimiento. Otro motivo para la difusión del pastor como personaje literario se encuentra en las repre-

sentaciones del *Officium pastorum*. De ahí procede un teatro orientado en dos sentidos: el pastor como personaje humilde, simple y aun bobo, y como personaje humilde en las apariencias, pero realzado por la tradición bucólica antigua. Garcilaso es el autor español que asegura el triunfo en la lengua vernácula de esta última corriente, y sus *Eglogas* encabezan estas formas de prestigio social, en las que la condición de pastor es un disfraz literario de la nobleza e hidalguía. *La Arcadia*, de Jacobo Sannazaro (1458-1530), es otra obra fundamental en esta historia literaria.

Pero la obra que fijó en principio las condiciones genéricas de los libros de pastores fue la *Diana* de Jorge de Montemayor. Es una de las vías de aparición de la *prosa poética*. Estuvo seguida de otros libros con la misma disposición literaria y hay una descendencia directa con personajes de la obra de Montemayor (las *Dianas* de Alonso Pérez, 1563, y de Gaspar Gil Polo, 1564), y la serie de los libros de pastores desde Antonio de Lofrasso (1573) hasta mediados del siglo XVII, en que las características del grupo se desarticulan. Los libros de pastores son de autores muy diversos. Autores de primer orden, como Lope de Vega y Cervantes, los cultivaron. La *Galatea*, de Cervantes, es de 1585 y es el primer libro que publica; y la *Arcadia*, de Lope, de 1598. El caso de Cervantes es ilustrador: no sólo escribió un libro de esta clase, sino que aprovechó los recursos de la literatura pastoril incorporándolos al *Quijote* en varios episodios y en la misma Dulcinea.

(*) Títulos de las conferencias: «Los orígenes lejanos Juan del Enzina»; «Los orígenes cercanos. Garcilaso»; «La constitución del nuevo género. Montemayor», y «Los libros de pastores de Lope y Cervantes».



Francisco López Estrada es profesor emérito de Literatura Española de la Universidad Complutense, académico de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras y vicepresidente de la Asociación Internacional de Hispanistas. Ha investigado la Edad Media y los Siglos de Oro.

Ricardo Gullón: «Los mundos poéticos de Antonio Machado»

En «Los mundos poéticos de Antonio Machado», ciclo de cuatro conferencias (*) que Ricardo Gullón pronunció en la Fundación Juan March entre el 10 y el 17 de mayo, el conferenciante se propuso investigar la poesía del poeta sevillano, y en concreto sus espacios, desde un estudio diacrónico de la obra, en lugar de concentrarse en el análisis sincrónico.

Cuatro son los espacios: el simbolista, predominante en *Soledades* (1903) y en *Soledades. Galerías. Otros poemas* (1907); el indigenista, culminante en *Campos de Castilla* (1912); el del pensar meditabundo (algunos preferirán llamarlo metafísico), operante en *Nuevas canciones* (1924); y los de luz y sombra en que se mueven sus complementarios —los que complementan y redondean la persona poética de Machado—, Abel Martín y Juan de Mairena.



Ricardo Gullón (Astorga, León, 1908) perteneció a la carrera fiscal y ha sido profesor de literatura en universidades norteamericanas. En 1958, en la Universidad de Puerto Rico, dirigió la Sala Zenobia-Juan Ramón. Autor de «Las secretas galerías de Antonio Machado» y «Una poética para Antonio Machado».

Una poesía de la sugerencia, y de eso se trataba en *Soledades*, requiere un instrumento verbal muy delicado, capaz de colorear el poema con vaguedad estimulante, sin pérdida de la economía, es decir, de la densidad. Delimitado el espacio por el símbolo, la palabra hará lo demás. Palabra integrada, palabra que por situación, asociación y movimiento dé el tono y caracterice el estilo.

Entre 1907 y 1912 han ocurrido muchas cosas en la vida de Machado: nuevas amistades y el amor por la «paloma de linde», adolescente casi, alteraron el ser del poeta. Desde el mismo título, *Campos de Castilla*, se alude a los espacios abiertos: lo reclama el texto, lo declara el título: campos, genéricamente; su consistencia irá afirmándose al concretarse su variedad: montes, llanuras, riberas, caminos, ríos, mar, calles, ciudades, plazas...

La actividad poética llevó a Machado de los espacios exteriores de *Campos de Cas-*

tilla a nuevas estancias del ser y a nuevos modos de poetizar. Quizá debí ordenarlo poniendo esto en primer término: *Nuevas canciones*, nuevos lenguajes promueven variaciones formales, situaciones temáticas y hasta psicológicas.

Leonor, la esposa adolescente, había muerto el 1 de agosto de 1912, a los pocos meses de publicarse *Campos de Castilla*. La desesperación de Machado le llevó a la frontera del suicidio. La poesía, la energía creadora, le salvó, y si no le liberó de su dolor, le encauzó en la consagración de la amada en el poema.

La aparición de los heterónimos en Machado supone un enriquecimiento, la penetración en mundos intuidos pero no poseídos, no colonizados hasta entonces. Y el amor de Guiomar, siquiera como pretexto, como suceso antecedente a la escritura, no es dudoso que ocasionó en el hombre reacciones de las que algún reflejo, por mínimo que sea, llegaría a la escritura.

Machado, como Pessoa, convocó a los heterónimos para dar nombre a la diversidad que sentía en sí. Pessoa creó en Alberto Caeiro a su maestro y al de los demás heterónimos. En el sistema machadiano, Abel Martín recuerda por su magisterio a Caeiro, Mairena es compleja construcción de humor y reflexión filosófica y Meneses un socarrón que con la máquina de trovar fabrica seudopoesía tan buena o tan mala como los productos mecánicos que los currinches hacían pasar por la lírica.

(*) Títulos de las conferencias: «Espacios cerrados. Simbolismo»; «Espacios abiertos. Indigenismo»; «Lugares del pensar meditabundo. Mitificación»; y «Ámbitos de luz y de sombra. Los complementarios».

Carmen Iglesias: «Felicidad, política y moral. Clásicos del siglo XVIII»

«Si bien la felicidad ha sido sueño fugitivo de todos los hombres en todas las edades, sólo en el siglo de la Ilustración se la coloca en el centro del pensamiento y en la finalidad *fundamental* para todos los hombres.» Repasar aquellos principios que han constituido la base sobre la que se ha edificado el mundo político y moral moderno fue el objetivo del ciclo de conferencias que impartió en la Fundación Carmen Iglesias, catedrática de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas de la Universidad Complutense, del 24 de marzo al 2 de abril. El título del ciclo era «Felicidad, política y moral. Clásicos del siglo XVIII» (*). A dos de las conferencias asistieron la Reina doña Sofía y su hija la Infanta doña Cristina.

Frente al enigma pascaliano, la dualidad del hombre y el «misterio» de cada individuo, características del siglo XVII —explica Carmen Iglesias—, los ilustrados oponen la “rehabilitación de la naturaleza humana”, la afirmación de la *felicidad* como *búsqueda de equilibrios*, como compromiso entre el reposo y el movimiento, entre el individuo y la comunidad, entre la moral y la política, entre hombre y ciudadano.

Además, la felicidad del ilustrado es un asunto público. No puede reivindicarse la felicidad de uno sin reconocer el derecho a la misma de todos los demás. «Esta es la idea clave del siglo XVIII. La felicidad afecta a *todos* los hombres y a *todos* los ámbitos de la vida del hombre.»

El *Espíritu de las leyes*, de Montesquieu, y el *Contrato Social*, de Rousseau, representan los dos tratados políticos más significativos de todo el siglo. Ambos intentan dar respuesta a los dilemas de cómo articular moral y política, virtud individual y bienestar público. Manifiestan un mismo fin: la felicidad del indivi-



La Reina doña Sofía y la Infanta doña Cristina, con Carmen Iglesias, al término de una de las conferencias.

duo y, con la de éste, la felicidad social. Pero los medios y estrategias para alcanzar tal fin divergen de tal manera que se constituyen en dos opciones políticas inconciliables.

«Para los ilustrados —prosigue la conferenciante—, felicidad e igualdad son en cualquier caso un binomio inseparable; y siempre se da un carácter prioritario al *poder político*, como instrumento para conseguir esa sociedad feliz e igualitaria y mantenerla. Lo que me parece nuevo de la Ilustración, lo que introduce un cambio que afecta de lleno a nuestra contemporaneidad, es lo que podríamos llamar *el método* para conseguir la felicidad. Los ilustrados proponen una *solución colectiva* al problema de la felicidad.»

«En el paso de esa felicidad de algunos a la de todos —concluye— ha habido progresos importantes pero también peligros. El método se revela a la postre con tendencia al *autoritarismo político*.»

(*) Títulos de las conferencias: «Armonía de la naturaleza y pasiones de los hombres»; «Individuo y política: ¿libertad civil o liberación?»; «Política y utopía: mitos sociales y moral de la felicidad»; y «Felicidad social y vida privada».



Carmen Iglesias es catedrática de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas en la Universidad Complutense. Es Premio Especial del Centro de Investigaciones Sociológicas para tesis doctorales de carácter social y político y Premio Montesquieu de la Academia Francesa Montesquieu.

Emilio Alarcos: «Etapas de la lengua española»

«Mi modesto propósito se encamina sólo a considerar los momentos esenciales de la historia del español e insistir en los motivos de por qué llamamos a esa lengua español y no castellano, tarea en que tantos me han precedido ventajosamente con copiosos argumentos.» Son palabras explicativas de **Emilio Alarcos**, quien impartió en la Fundación, entre el 28 de abril y el 7 de mayo, un curso denominado «Etapas de la lengua española» (*).

El proceso de implantación del latín en Hispania sería parecido en toda la Romania, y su resultado, la difusión de un latín coloquial, apoyado en la lengua escrita, que pudo mantenerse con relativa unidad hasta el desmoronamiento del Imperio.

Cuando hablamos de la hispanización del latín entendemos simplemente el conjunto de fenómenos que afectaron al latín de Hispania, independientemente de su procedencia y de su difusión extrapeninsular, y que pusieron a los hablantes en condiciones adecuadas para que su latín coloquial se convirtiese en las diferentes lenguas romances de España. La invasión musulmana representó la interrupción en el proceso de evolución.

Desde poniente a levante se desarrollan los dialectos de tipo gallego, asturiano y leonés, castellano, navarro, aragonés y catalán. Se juntan muchos motivos para que el territorio del originario solar cantábrico persistiese en sus rasgos autóctonos, entre ellos, cómo no, los lingüísticos. Del latín cantábrico, en que habrían arraigado rasgos varios, unos comunes con el Occidente, otros con el Oriente y, en fin, algunos exclusivamente suyos, surge el castellano de la pequeña Castilla Vieja que empieza a sonar hacia el siglo IX. Este castellano primitivo dará origen al castellano burgalés, que se impondrá y se difundirá por las

áreas contiguas, como consecuencia de la expansión militar, política y cultural de la comunidad que lo hablaba. El crecimiento de Castilla se produjo poco a poco. Fue Alfonso X el que convirtió el castellano en lengua de cultura escrita.

El proceso de castellanización absorbió dialectos y lenguas hasta llegar a generalizarse como instrumento de comunicación de una veintena de naciones. Este instrumento de hoy ¿es todavía castellano? ¿Puede llamarse castellano la lengua en que nos entendemos? El propio título ya sugiere la respuesta que consideramos adecuada: la descastellanización del español. En ella están implícitos dos términos que dialécticamente se oponen o se complementan (según se mire): castellano y español.

Aunque existen antecedentes, las circunstancias políticas favorecen el término de «español» para referirse a la lengua generalizada entre los súbditos de su Majestad Cesárea, una vez conseguida la unidad de los reinos peninsulares (salvo Portugal). No responde a la realidad asignar a la lengua, utilizada con tan grande uniformidad en tan extensos territorios, el término más restringido de castellano. El sentimiento popular así lo entiende. Ni aragoneses ni andaluces pretenden hablar castellano, pero sí español. Pero hoy razones de tipo político impulsan a los hablantes de otras lenguas peninsulares a renunciar al término de «español» para designar la lengua oficial, y prefieren usar «castellano» como etiqueta que contrasta mejor con la de sus lenguas vernáculas.

(*) Títulos de las conferencias: «De las brumas remotas a la hispanización del latín»; «Del latín cantábrico al castellano»; «Castellanización de otros romances hispanos»; y «La descastellanización del español».



Emilio Alarcos (Salamanca, 1922) ha sido catedrático de Gramática Histórica de la Lengua Española de la Universidad de Oviedo y es académico de número de la Real Academia Española. Autor de *Gramática estructural*, *El español, lengua milenaria* y *Fonología española*.

Juan José Linz:**«Democracia y sociedad. Legitimidad y eficacia»**

«Hoy por hoy no existe ningún modelo alternativo válido a la democracia, que en este momento tiene una fuerza muy superior a la que ha tenido a lo largo de su historia y un futuro esperanzador. Incluso los sistemas autoritarios que quedan en el mundo se hallan en vías de caminar hacia una transición a la democracia.» Son palabras del sociólogo y catedrático de la Universidad de Yale **Juan José Linz**, en un ciclo de conferencias que sobre el tema «Democracia y sociedad: legitimidad y eficacia» (*) impartió en la Fundación Juan March del 20 al 27 de octubre, y del que reproducimos algunos párrafos.

«La legitimidad es el supuesto básico para la estabilidad y el funcionamiento de los sistemas políticos democráticos. Pero ni la legitimidad asegura siempre la obediencia ni ésta es prueba de que los ciudadanos consideren legítimo un régimen, aunque sí reduce el costo de la represión y favorece la tolerancia y la convivencia. La relación eficacia-legitimidad es muy compleja: hay un proceso de retroalimentación (*feed-back*) entre ambas, una influencia recíproca. Un régimen democrático con legitimidad puede permitirse un margen mayor de ineficacia. También hay que tener en cuenta, al hablar de la eficacia, que existen determinados problemas que no se pueden resolver o sólo muy difícilmente. La eficacia está también en función del conocimiento que tienen los gobiernos sobre la realidad económica, social, cultural, etc., y de su capacidad de organización y administración.

La democracia no es más que una forma de sistema político, y como tal tiene las limitaciones del poder político. Hay regímenes democráticos con éxito económico, pero también los hay autoritarios. La sociedad es un factor independiente. ¿Para qué sirve entonces la democracia? Para

hacer posible una sociedad con libertades en la que el ciudadano pueda participar de algún modo en las decisiones. No hay por qué dudar de la legitimidad del régimen democrático, sino, si acaso, cuestionar a un determinado gobierno. ¿Qué límites tiene el principio democrático? El pluralismo institucional y social es uno de los límites que debe tener una democracia.

En nuestro mundo actual hay un vacío de alternativas válidas a la democracia. Las democracias consolidadas continuarán siendo tales en el futuro a pesar de que surjan crisis y tensiones. Cada vez hay una mayor conciencia de los supuestos morales de la sociedad democrática. También hay que tener en cuenta, por otro lado, que la democracia de un país tiene la inevitable limitación de la soberanía nacional. Las economías del mundo occidental están interconectadas y las decisiones escapan a la voluntad del gobierno de un país. Cada vez surgen más centros de decisión supranacionales. También en lo que respecta a los partidos se ha perdido en gran parte el modelo de participación activa heredado del pasado, lo cual plantea grandes problemas para la calidad de la democracia.

Pero por muchos augurios pesimistas que oigamos sobre el futuro de la democracia, no debemos generalizar sobre el régimen democrático en sí mismo. La democracia es un ideal normativo y, en parte, utópico, y el éxito o fracaso de una democracia depende también de su sociedad. Se necesita cada vez más un orden moral de solidaridad, dignidad y responsabilidad y una sociedad viva y activa.»

(*) Títulos de las conferencias: «Del autoritarismo a la democracia», «Tipos de sistemas democráticos»; «Los límites de la democracia»; y «El futuro de la democracia».



Juan José Linz (Bonn, 1926) es doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de Madrid y doctor (Ph. D.) en Sociología por la Universidad de Columbia en Nueva York. Es profesor de Sociología y Ciencia Política en la Universidad de Yale y Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1987).

«La generación del 27, sesenta años después»

En diciembre se cumplieron sesenta años del primer acto público, en Sevilla, de un grupo de jóvenes poetas que hoy son conocidos como miembros de la Generación del 27. Con este motivo la Fundación Juan March organizó, entre el 6 y el 15 de octubre, un ciclo que, con el título general de «La generación del 27, sesenta años después», contó con la participación de **Carlos Bousoño**, **José Hierro**, **José María Amado** y **Guillermo Carnero** (*).

Para hablar del sentido actual de la Generación, de su importancia, creyó necesario **Carlos Bousoño**, en su intervención, situar el marco en el que la Generación se explica. «Frente a la racionalidad a la que llega la sociedad —en un proceso dilatado en el tiempo y al que no me puedo referir con detalle—, las gentes del 27 exal-

tan lo instintivo, lo pasional, la individualidad del hombre. Años después, cuando la revolución cultural de los 60 valore también esto, se verá cómo esta revolución es consecuencia de la crisis de racionalidad de los años 20 y 30, en la que tanto tuvieron que ver los movimientos vanguardistas, entre ellos el 27.»

La Generación mostró un gran interés por el erotismo, al que declararon inocente, «no sólo el sexo admitido por la sociedad, sino el libre. En Cernuda esto está muy claro, pero también en otros; aún más: es una actitud generacional». Exaltaron también lo natural, lo popular; se opusieron al esteticismo. «Podríamos seguir así con muchos más ejemplos para llegar a algo que quiero destacar: los del 27 tenían una misma concepción del mundo. En este siglo se ha valorado excesivamente el prurito de la originalidad de los poetas. Una originalidad excesiva no existe. Los del 27 eran personalistas, cada uno tenía elementos distintivos, pero a la vez tenían muchas cosas en común.»

José Hierro, miembro destacado de la Generación del 50, estableció un retrato-robot de poeta de esa generación para, siguiéndole en sus inicios y afanes poéticos, establecer cuál habría sido la relación entre los del 27 y su generación. Partió de una afirmación rotunda: «La pregunta ¿qué le debemos a los poetas del 27? tiene una respuesta que, para la mayoría, es ésta: todos los poetas que han venido detrás somos como somos gracias a los del 27. Sin ellos, nuestra poesía hubiese podido ser mejor o peor, pero en cualquier caso diferente.»

«En 1944, se va a producir un hecho catalizador. Es la aparición de los *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso, y *Sombra del paraíso*, de Vicente Aleixandre. He aquí



Carlos Bousoño (Boal, Oviedo, 1923) es profesor universitario y académico de número de la Real Academia Española. Autor de numerosas obras sobre teoría poética y sobre Aleixandre en especial (*La poesía de Vicente Aleixandre*). Es autor además de obra poética propia.



José Hierro (Madrid, 1922) es poeta y crítico de arte. Integrante de la llamada Generación del medio siglo, obtuvo el Premio Adonais en 1947. Posee, además, entre otros premios, el Nacional de Literatura (1953), el de la Fundación Juan March (1959), a cuya Comisión Asesora pertenece, y el Príncipe de Asturias (1981).

que son dos poetas del 27 los que ayudan a poner en marcha la poesía joven.»

«Serán los poetas de la segunda oleada de posguerra, los que comienzan a publicar en la segunda mitad de los 50, Claudio Rodríguez, Angel González, Brines, etc., quienes vuelven a valorizar la poesía del 27. En esta actitud hay algo de reacción contra la oleada anterior que la atacó —salvo las excepciones de Aleixandre y Dámaso Alonso— por su irrealismo, por su falta de compromiso.»

José María Amado dirige la revista *Litoral* desde 1968, en su tercera etapa, desde que la fundaran Emilio Prados y Manuel Altolaguirre en 1926. Allí, en un número triple, en octubre del 27, se homenajeó a Góngora, y para Amado, quien se refirió en su intervención a las relaciones entre la revista y el grupo del 27, fue aquel número monográfico el aglutinante de la Generación.

«La verdad es que englobarles en el 27 no tuvo otra razón que el que todos se sintieran obligados a homenajear aquel año a Góngora. Aquel acto, en Sevilla, no tuvo en sí más importancia, aunque con el tiempo se ha agigantado. En mi opinión, lo que sí tiene verdadera importancia es aquel número triple de *Litoral* en honor de Góngora y en el que colaboraron todos ellos.»

El profesor Guillermo Carnero se ocupó, cerrando el ciclo, del «significado vanguardista de Góngora». «Los poetas del 27 aparecen como los naturales herederos del clima creado por el ultraísmo, por Guillermo de Torre, por Ramón Gómez de la Serna, por las visitas a España de Breton y Aragon, salvando todas las distancias de pensamiento, de actitud o de calidad. Si puede asignarse un lugar común al van-

guardismo histórico en bloque, al futurismo, al dadaísmo, al surrealismo, es la negativa a asumir cualquier proyecto de continuidad cultural, el rechazo de los valores, la literatura o el arte del pasado.»

«Tanto el ejercicio de la “poesía pura” como el entusiasmo por Góngora enfrentaron a los poetas del 27 con los clásicos vivos de su tiempo. Unamuno, Valle, Baroja, Machado y Ortega fueron invitados a participar en el homenaje.»

(*) Títulos de las conferencias: «Sentido actual de la Generación del 27», por Carlos Bousoño; «Los poetas del 27 y mi generación», por José Hierro; «*Litoral* y la Generación del 27», por José María Amado; y «Significado vanguardista del centenario de Góngora en 1927», por Guillermo Carnero.



José María Amado dirige la revista *Litoral* desde 1968. A partir del número 50 cuenta con la colaboración de Lorenzo Saval, sobrino-nieto de Emilio Prados. Amado, por esta labor, posee el Premio Vasconcelos, concedido en México en 1983, y la medalla de oro de Málaga.



Guillermo Carnero es catedrático numerario de Universidad. Ha publicado *Espronceda, El grupo «Cántico» de Córdoba, Los orígenes del Romanticismo reaccionario español: el matrimonio de Böhl de Faber y La cara oculta del Siglo de las Luces*.

Cuatro lecciones sobre Mark Rothko

Con motivo de ofrecer en su sede una exposición de Mark Rothko, la Fundación Juan March organizó un ciclo de conferencias (*), que impartieron, del 17 al 26 de noviembre, Angel González,

profesor de Historia del Arte de la Universidad Complutense, y Jack Cowart, conservador y jefe del Departamento de Arte del Siglo XX de la National Gallery of Art, de Washington.

Angel González: «Figura de la melancolía moderna»

«En la mayoría de los grandes pintores abstractos americanos de la generación de Rothko, y en éste tal vez sobre todo, “lo visible” no constituye un fin, sino un medio: aquello que envuelve y esconde “lo invisible”. De ahí que Rothko llamara “fachadas” a sus cuadros.

“No basta con ilustrar los sueños”, le dice Gottlieb a Rothko en 1943. En efecto: una cosa es ilustrarlos y otra muy distinta soñarlos. ¿Está la pintura hecha de la misma materia que los sueños? ¿Será visible lo invisible? Los surrealistas eran demasiado perezosos como para intentar adivinarlo, y de hecho sus pinturas no parecen haber tomado en cuenta o en serio la convicción de que, si hay otros mundos, han de estar en éste. Rothko, por el contrario, ha llegado mucho más lejos: si hay una pintura de lo invisible, debe encontrarla en la pintura de lo visible; más aún: en esa pintura que dice serlo sólo de lo visible. Así entiendo yo el “homenaje” de Rothko a Matisse de 1954: como un “descenso a la pintura”. El, que abandonó la *ciudad visible* para descender a la “oscuridad del mito”, descendiendo todavía más: hasta la clara visibilidad de la pintura. ¿Es que ya no le interesan las tinieblas donde se presume que habita lo invisible? ¿No será, pues, que lo invisible está hecho de claridad?

A partir de 1950, cuando “las figuras no servían ya a sus propósitos” (comunica a Dave Ashton en 1958), Rothko ha vivido obsesionado por la habitabilidad de sus cuadros: por la posibilidad de penetrar en ellos, de “estar dentro” (1951). Por eso pinta cuadros grandes. Siete años más tarde, en 1958, vuelve sobre ese mismo asunto, pero Rothko no habla ya de “penetración”, sino de “absorción”. Uno está, pues, dentro del cuadro porque es absorbido por él.

Durante veinte años, Rothko se había debatido dolorosamente entre una pintura que no fuera sino la superficie de inscripción de lo que primero llamó mito, luego “experiencia religiosa” —o visión, o revelación incluso— y una pintura envolvente, habitable; escenario de una verdadera transformación interior más que de un trance o arrebatos momentáneos.

Rothko fue uno de esos artistas que confían en que algún día les será revelada sin mediaciones la Obra única, completa y definitiva que perseguían en cada una de sus obras; que creen incluso no haber hecho otra cosa que versiones defectuosas de esa “Obra” gloriosa, término y justificación de todos sus trabajos y todos sus desvelos... Figura inconfundible de la melancolía moderna, círculo vicioso alrededor del orden ausente de la representación...»



Angel González, burgalés, es profesor de Historia del Arte en la Universidad Complutense y ejerce la crítica en varios medios informativos. Es autor de diversos trabajos de crítica e historiografía, dedicados en su mayor parte al arte contemporáneo.

Jack Cowart: «Rothko y la vanguardia norteamericana»

«Mark Rothko no fue un fenómeno aislado dentro del arte norteamericano de post-guerra. Aunque su estilo acusa una fuerte originalidad, es resultado de una evolución fraguada con la acumulación de diversas influencias artísticas europeas y americanas que también se reflejan en sus contemporáneos. Rothko, Adolph Gottlieb, Clyfford Still, Barnett Newman, Arshile Gorky, Willem De Kooning, Jackson Pollock, William Baziotas, Franz Kline, Reinhardt y otros trabajaron activamente, intercambiaron ideas al tiempo que mantenían su independencia de estilo. Pero todos ellos lucharon por una causa común: ofrecer una nueva síntesis del bagaje histórico, artístico, literario y teórico europeo y americano, en la que quedase clara la independencia del objeto de la pintura. Cada obra se convertía en un “campo” de experiencia y de búsqueda intelectual. Algunos de estos artistas fueron llamados expresionistas abstractos, bien fueran pintores de *acción* o pintores de *campo* (como Rothko, Still y Newman). El resultado de su trabajo fue que crearon la primera generación de artistas de Nueva York después de la Segunda Guerra Mundial, que se constituyó en un foco de arte nuevo en nuestro siglo.

En los años 30 estos artistas protoabstractos empiezan a sentir el impacto de la pintura europea de vanguardia. En 1936 Rothko ve una exposición de Arte Fantástico (Dadá y Surrealista) que, con otra posterior de Joan Miró, le producen una gran impresión. En los años 40 llegan a Estados Unidos muchos pintores europeos, sobre todo los surrealistas. Max Ernst influiría en las configuraciones tóxicas de Rothko y reforzará en éste la

creencia en el poder del mito. Ya en los años 40 Rothko concibe la pintura como un conflicto filosófico y busca un nuevo vocabulario artístico, dentro de un término medio entre el surrealismo y la abstracción. En sus obras de esa década se percibe la influencia de Kandinsky, Klee, Dalí, Tanguy, Miró, Giacometti... El, así como otros de sus compañeros —Newman o Pollock—, empiezan a cambiar la naturaleza de su arte y la forma de aplicar la pintura sobre el lienzo.

Seguirá buscando un *arte poético*, que combine lo intelectual y lo sensual, lo apolíneo y lo dionisiaco, con una gran dosis de enigma. Rothko y todos los artistas de la Escuela de Nueva York quieren redefinir el objeto de la obra de arte: romper con el pasado pero manteniendo una tradición que hay que llevar hacia adelante.

Rothko viene a ser un resumen de la primera generación de expresionistas abstractos que tanto influirían en las generaciones posteriores e incluso en los jóvenes artistas de los 80. Por su inteligencia, independencia y dedicación artística, Rothko ha servido de modelo y punto crucial de referencia cuando se habla de pintores como Robert Motherwell, Morris Louis, Sam Francis, Jasper Johns, Ken Noland, Robert Rauschenberg, Frank Stella, Ellsworth Kelly e incluso Roy Lichtenstein.»



Jack Cowart nació en Kansas (Estados Unidos) en 1945. Estudió en la Universidad John Hopkins de Baltimore. Durante diez años fue conservador y después director del Museo de Saint-Louis. Actualmente es conservador y director de Arte del Siglo XX de la National Gallery of Art, de Washington.

(*) Títulos de las conferencias: «A propósito de Mark Rothko» (I), «A propósito de Mark Rothko» (y II), por Angel González; «Rothko's life, his work, his influence» y «Rothko and International Art», por Jack Cowart.

Antoni M. Badia i Margarit: «Tres lecciones sobre la lengua catalana»

«Es un poco osado haber elegido un tema general para estas tres lecciones; hubiera sido mejor haber escogido temas monográficos, pero creí entender que no estaría de más presentar, en esta ocasión, tres grandes temas en forma de resumen.» Estos tres grandes temas fueron la descripción del catalán, la formación y su situación actual, de los que se ocupó, entre el 3 y el 12 de noviembre, el profesor Antoni M. Badia i Margarit en el curso que dio, titulado «Tres lecciones sobre la lengua catalana» (*).

La lengua catalana ocupa una posición muy céntrica dentro de la Romania occidental, y eso hace que en su estructura se den rasgos que comparte con el francés, el italiano y el castellano. Por razones no sólo geográficas, el catalán es una lengua de rasgos estructurales mixtos, de mezcla. En la evolución de esta lengua se han dado una suma de factores.

Los romanistas distinguen nueve lenguas románicas, que se dan en un vasto territorio donde la romanización difirió sensiblemente. Dentro del ámbito catalán nos encontramos con un catalán oriental y otro occidental. A grandes rasgos, el límite entre las actuales provincias de Barcelona y Lérida señala el del catalán occidental y el del oriental. Pero esta frontera lingüística es objeto de largas discusiones y está en el origen de la formación de la lengua.

El catalán se mueve hoy bajo el signo de una contradicción: siempre que se organizan encuentros de lenguas europeas no estatales acuden representantes catalanes. Pero en realidad estorban, porque esas lenguas no han podido codificar su gramática, sus hablantes son diglósicos, que no es el caso del catalán. Pero el reverso de la medalla es que el catalán no descansa sobre estructuras de Estado. Le faltan

elementos, pues, para sacar adelante la aventura de una lengua.

Decía Carles Riba que era una empresa de locos recuperar para un pueblo su lengua de cultura, su lengua literaria. Es lo que ocurrió en el siglo pasado con el auge de los nacionalismos, la aparición del movimiento literario *Renaixença* y el interés mostrado por la romanística de estudiar con detalle las lenguas romances menos conocidas.

En este clima se produce la conjunción de dos factores, que son la confección del Diccionario Catalán-Valenciano-Balear, de Alcover y Moll, y el Primer Congreso Mundial sobre Lengua Catalana (Barcelona, 1906).

Distintas causas (represión política, emigración, civilización de nuevas tecnologías) determinan que hoy el catalán siga teniendo una posición endeble. Hay además otra situación preocupante, que es la de las «estructuras o actitudes». Hace unos años, un manifiesto polémico establecía el siguiente interrogante: ¿una nación sin Estado, un pueblo sin lengua? La conclusión era clara: si el catalán no consigue tener un soporte de estructura de poder que le asegure un futuro, el catalán tardará más o menos, pero desaparecerá. Este ensayo, firmado por seis profesores de la Autónoma de Barcelona, es de una lógica irrefutable.

La lengua catalana no ha muerto y no se morirá en un futuro inmediato. Más allá, Dios sabrá qué va a pasar con las lenguas, pero por ahora, la lengua se ha salvado por las actitudes de los hablantes.

(*) Títulos de las conferencias: «Descripción de la lengua»; «Formación e historia»; y «La situación actual».



Antoni M. Badia i Margarit (Barcelona, 1920) es catedrático emérito de Gramática Histórica Española y Catalana en la Universidad de Barcelona. Es miembro de número del Institut d'Estudis Catalans y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona.

Víctor García de la Concha: «La modernidad poética en España (1888-1987)»

«Hace ya bastantes años que un tratadista francés del Simbolismo lo comparaba con aquel dragón de Alca que aparece en *La isla de los pingüinos*: ninguno de los que aseguraban haberlo visto acertaba a decir cómo era. No sé si el símil es del todo exacto, porque lo que en realidad ocurre es que cada uno lo describe de manera diversa. Igual sucede con el Modernismo.» Así inició Víctor García de la Concha el ciclo que dio en la Fundación Juan March, los días 1, 3 y 4 de diciembre, sobre «La modernidad poética en España (1888-1987)» (*).

La imagen que de él nos brindan los críticos antimodernistas de comienzos de siglo es la de un monstruo multiforme. Pero no resulta más coherente la definición que nos aportan los propios protagonistas del movimiento. Para Manuel Machado, “el Modernismo, que realmente no existe ya, no fue en puridad más que una revolución literaria de carácter predominantemente formal”. No hace falta que me detenga a explicar cuánto y cómo contribuyó esta afirmación a sustentar esa dicotomía crítica “Noventay ocho frente a Modernismo”.

El Surrealismo, como todas las vanguardias de aquel tiempo, trataba de recuperar, al igual que los modernistas, lo que se le había arrebatado a la cultura. Pero no se trata de hablar de logros. En todo hubo voces y ecos. Al igual que en el Modernismo, en los distintos pasos de la escritura del 27 el «habla emblemática» se petrificó a veces en gramática de academia. Pero nadie negará que esa revolución de la modernidad supuso en la literatura española una edad gloriosa.

A las fronteras temporales de la guerra civil española llegaba una poesía cargada de modernidad. La exploración que Pra-

dos, Hinojosa, Lorca, Alberti, Alexandre y Cernuda, entre otros, habían llevado a cabo por los ámbitos de la sobrerrealidad, había enriquecido su sistema imaginativo. Pero todo fue subvertido por la guerra.

Quedaba interrumpida una controversia poética que desde los primeros años 30 había llegado hasta el Congreso Antifascista de Valencia: cómo conjugar estética y ética. En el bando nacional no se produjo una tarea de reflexión análoga y la historia literaria no ha logrado captar las líneas por las que algunos sectores de la poesía de posguerra se esforzaron en enlazar en dirección de la modernidad, con el vector rehumanizador de la preguerra.

En la segunda mitad de los años 60 comienzan a aparecer una serie de libros que, bien dispares entre sí, coinciden en significar un cambio de perspectiva en la poética y en la retórica, lo que, en definitiva, traduce y termina por configurar una nueva estética. Hablo, claro está, de libros de algunos de los poetas más tarde incluidos en la antología de los novísimos de Castellet.

Queda apuntado lo que el Modernismo comportó de ejercicio literario y de configuración de un mundo imaginario, en gran parte contrahecho con elementos de la tradición cultural barroca tras las huellas de parnasianos y simbolistas. No hace falta apoyarse en las confesiones de devoción de los propios poetas cuando tan claros aparecen en su obra elementos y estratos modernistas.

(*). Títulos de las conferencias: «La guerra literaria»; «Modernidad poética y compromiso social»; y «En los límites de la modernidad».



Víctor García de la Concha (Villaviciosa, 1934) es catedrático de Literatura Española de la Universidad de Salamanca. Dirige la revista literaria «Insula» y las colecciones «Austral» y «Clásicos Castellanos». Ha estudiado la poesía española del siglo XX y el Renacimiento.